

CANTO QUINTO,

Donde se cuenta cómo Aguirre entró en la isla Margarita, prendió al gobernador y principales, y las grandes crueldades que usó el tiempo que allí estuvo.

Aquel que de gobierno tiene mano
No cumple que se crea de ligero,
Porque no todos tienen pecho sano,
Ni cuanto dicen sale verdadero:
Guárdese del que tiene mas cercano,
Y mucho mas y mas del extranjero,
Pues debajo de sanas apariencias
Suelen venir cubiertas pestilencias.

Y suelen encarnar en el inerte
Que mal inconvenientes asegura;
Y si se recatara desta suerte
Quien tenia la tal judicatura,
Por ventura huyera de la muerte
Y su pueblo de tanta desventura,
Como le sucedió de la llegada
De gente tan bestial y desalmada.

Era perpetua gobernadora
Desta isla do va furia rabiosa,
Aquella nobilísima señora
Doña Aldonza Manrique, generosa,
De mucho mas honor merecedora
Y para gobernar mas alta cosa:
Tenia pues entonces el gobierno
Don Joan de Villandrando su buen yerno.

Para tomar Aguirre pues el puerto
Haciales el tiempo diferente;
Mas los autores deste desconcierto
Echaron do pudieron cierta gente:
El mal que malos tienen encubierto
Mal lo puede hacer el inocente;
Pero no convenia ser ajeno
De cautelosos trances cualquier bueno.

Salió por adalid Diego Tirado
De los soldados que sabieron fuera,
A quien si horcas vieran estirado
Ninguna sin justicia se hiciera:
Al buen gobernador dió su recado
Haciendo relacion no verdadera;
Pues á su salvo pudo dar aviso,
Mas este mal cristiano nunca quiso.

Dada la relacion de su venida
Con el premeditado fingimiento,
Y declarando ser gente perdida
Falta de agua y falta de sustento;
Pidióle proveyesen de comida,
Prometiéndole pagar á su contento
En preseas que mas á gusto fuesen,
Y algunas les mostró porque las viesen.

Diciendo, que barán matalotaje
De aquello que les fuese conveniente,
Porque ya por estar en buen paraje
Se querian partir incontinentemente,
En continuacion de su viaje
Hasta Nombre de Dios derechamente;
Pues en Pirú los mas dejaban prendas,
Repartimientos, casas y haciendas.

Como gentes allí son enseñadas
A socorrer paupérrimos soldados
Que de descubrimientos y de entradas
Suelen llegar allí desbaratados;
Todos se convidaron con posadas,
Diciendo que seran agasajados
El señor capitán y compañía
Con toda la posible cortesía.

Y así luego don Joan con buen semblante
Subió con los alcaldes á caballo,
Por traer al Aguirre por delante
Para servillo mas y regalallo;
Mantenimiento llevan abundante.
Sin consentir vendello ni comprallo:
Via la perdicion que se seguía,
Y el maldito Sinon nada decia.

Entre tanto que Milo revolvia
A dar cuenta de los engaños hechos,
Desembarcó la mala compañía,
Asechadas las armas y pertrechos;
Porque toda la gente que venia
Asegurase mas sus buenos pechos,
Llegóse pues en desastrada hora
Esta gente leal á la traidora.

Con gran urbanidad hablan con ellos
Manifestando sanas intenciones:
Aguirre se holgó mucho de vellos,
Mas no para dar justos galardones;
Pues luego hizo señas de prendellos
A sus descomedidos marañones
Y como de los tales no se esquivan
Facilmente prendieron cuantos iban.

Al pueblo parten luego los traidores,
A su Dios y á su rey falsos perjuros,
Hicieronse de todos poseores
Inquietando todos los seguros.
No os confieis así, gobernadores,
A quien cumple mirar males futuros,
Y es bien en las provincias apartadas
Que vivan las justicias recatadas.

Aguirre va mostrando su braveza
Mala, cruel, bestial, tonta, beoda,
Por toda parte cunde su vileza
Los lugares mas limpios mas enloda.
Tomó las llaves de la fortaleza,
Señor se hizo de la isla toda,
Mandó poner en ella con prisiones
Al don Joan y á mujeres y varones.

A este sin ventura caballero
Con aspera prision le hizo pago,
Y en los demás el lobo carnicero
Cada dia hacia gran estrago:
Debió ser engendrado de Cerbero
Y en las tormentas del averno lago;
Segun que de piedad tuvo penuria,
Su madre debía ser alguna furia.

Al tiempo destes torpes desatinos,
En la provincia de Maracapana
Estaba frai Francisco Montesinos
Con cien hombres de gente baquiána,
Debajo pretensiones y desinos
De ir á la conquista de Guayana;
Y como tales cosas inquiria
Aguirre supo desta compañía.

Este traidor feroz y diligente,
En la bestialidad de su porfia,
Deseaba juntar aquella gente
Con la demás traidora que tenia,
Y señaló por hombre suficiente
Para hablalles á Martin Monguia,
El cual fué por la mar adonde estaba
Con cartas del tirano que llevaba.

Monguia, que se vido con soltura
Y en alta mar con velas y con renos,
A diez que lleva dijo: « gran locura
Será, señores míos, si volvemos:
Pues es modo bestial y maldad pura
La vida y el camino que traemos. »
Parecióles su dicho nada feo
Por ser aqueste mismo su deseo.

Llegó Monguia pues muy diferente
Del traidor mandamiento que llevaba,
Y al fraile Montesinos y á su gente
Dió luego cuenta de lo que pasaba:
También le dió con un cierto presente
La carta del tirano que llevaba
Tan loca, tan bestial, tan atrevida,
Que fué de todos ellos bien reida.

Todos los mas enormes desatinos
Parece que en su carta los abarea,
Porque promete dones peregrinos
Y al fraile de havello partriarca;
Mas no fué *mentis inops* Montesinos,
Por ser como lo es hombre de marca,
Y así luego curó probar la mano
En dalle sobresaltos al tirano.

Tenia con la gente mal avio
Para bien ofender tales guerreros,
Mas hizo recoger en un navio
Los unos y los otros compañeros:
Metieron ansimismo de buen brio
Algunos indios muy buenos flecheros,
Y así partió desde Maracapana
Para la Margarita que es cercana.

Aguirre gran contento recebia
Cuando deste navio vió la frente,
Teniendo por muy cierto ser Monguia
Y el fraile que venia con su gente:
Llegó la nao pues donde queria,
Y echó fuera los indios prestamente,
Acudieron á su recebimiento
Frustrados de su loco pensamiento.

Pues los indios con flechas herboladas
Comenzaron allí su duro juego
Con dos, ó tres, ó cuatro rociadas,
A las ondas del mar buyendo luego;
Do no los alcanzaban las espadas
Ni podian dañar tiros de fuego,
Y دادó salufifero rocío
A nado se volvian al navio.

Desde el cual la caterva de Monguia
Hablando con la gente del tirano
Con levantadas voces le decia:
« Desamparad aqueste mal cristiano,
Huid abominable compañía,
A la bestia cruel dalle de mano,
Dejad á tan perversa criatura
Y cesen los extremos de locura. »

Aguirre, como se halló burlado,
De manos y de piés vuelve hiriendo,
Y con furores de endemoniado,
Que tal estaba el segun entiendo,
Maldice cielo y tierra y lo criado,
Acá y allá la cara revolviendo,
Lanzando vivo fuego por los ojos
Por ver donde descargue sus enojos.

Diciendo: « ¿ Quién cogiera la persona
De aquel reverendísimo soldado
Para poder hacelle la corona
Con bracamarte fino y amolado!
Fraile hecho ministro de Belona,
Monguia hecho fraile y ordenado.
¿ Oh mal traidor, ladrón, facineroso!
¿ Tan presto te tornaste religioso? »

« Oh sucios fugitivos como ciervos!
Huelgome que seamos arrieros,
Estended bien los encogidos niervos,
Que yo recogeré vuestros gargueros;
Porque de vuestras carnes coman cuervos,
Y en las cabezas crien avisperos.
¿ Looos, tonillos, vanos y livianos!
Y ¿ pensais escaparos de mis manos? »

« Aunque el traidor Monguia se remonte,
Acá quedan espíritus malinos
Que sabrán dō fijais el horizonte,
Cuáles sendas llevais y qué caminos.
Descubrirán las matas en el monte
A los que se tornaron montesinos,
Que el mejor de vosotros es mas malo,
Y así do quier que vais hay soga y palo. »

El fraile, como vido tanta gente
De parte la tirana competencia,
Con arcabuceria tan potente
Que resistiera muy mayor potencia,
Determinó partir incontinentemente
A dar razon á la real audiencia
De la Española, donde ya sabia
Que el inclito Cepeda presidia:

En estas partes hombre señalado,
Por ser en sus gobiernos excelente,
Varon en todas ciencias estremado,
No con menos extremos de valiente
El cual con su valor acostumbrado,
Habida relacion del delincuente,
Por ir á castigar tan malos hechos
Convocó gentes y juntó pertrechos.

Fué brevemente gente recogida,
Todos á voluntad de quien los lleva;
Mas al tiempo que estaban de partida,
A la real audiencia vino nueva
Cómo la muy cruel y mala vida
En muerte semejante hizo prueba;
Y pues ya se quedó Joan de Cepeda,
Volvamos al Aguirre donde queda.

El cual desde la mar volvió bramando;
Lanzando por los ojos vivo fuego
Al triste pueblo vino, y en llegando
A los presos alcaldes mató luego;
Y entre ellos al don Joan de Villandrando,
Sin se vencer de lástima ni ruego:
Otros mató también, y otros espanta
Con sogas y cordel á la garganta.

Vereis temblar mujeres y varones
Viendo de desventura tal amago,
Y tan encarnizadas sin razones
Que turcos no hicieran mas estrago:
Noches y dias hay lamentaciones,
Ojos de cada cual hechos un lago,
Y por estos crúeles pareceres,
Ansimismo pasaban las mujeres.

Ejemplo puede ser la sin ventura
Ana de Rojas, que ninguno fuera
Tan torpe ni tan mala criatura,
Que todo buen respeto no tuviera
A su belleza, gracia y hermosura,
Sino quien tan bestial y malo era:
Aqueste la miraba de mal ojo,
E yo diré la causa del enojo.

Huía con la mas gente traidora
El alférez mayor dicho Villena,
Huésped para su mal desta señora,
Que sin lo merecer llevó la pena.
Este para huir halló su hora
Por no le parecer tal vida buena:
A ella, que tembló des que lo vido,
Aguirre pidió cuenta del huído.

Ella como podia se escusaba,
Amortiguados róseos colores,
Que ya parece ser adivinaba
El fin á que venian los traidores:
Hincada de rodillas les rogaba
No descarguen en ella sus furores;
Mas el protervo, sobre malos malo,
Mandó que se la pongan en un palo.

Acude la vil gente que traía,
Fácil á todos vientos y mudable,
Colgáronla del arte que decia,
Sin haber quien le ruegue ni le hable:
Llegados pues, el arcabuceria
Descarga en la triste miserable.
¿ Anatematizados sean pechos
Que concibieron tan enormes hechos!

« Bajo, bestial, cruel y vil alarde,
Villanaje soez mas que villano!
¿ Es posible que tanto furor arde
En detestable corazon humano?
Pero Dios me defienda, libre y guarde
De quien él ha dejado de su mano;
Pues lo mas malo juzga por facecia,
Y todo bien pospone y menosprecia. »

Al fin la muy querida y regalada,
Que solia burlar del mal vestido,
A cuya devocion la mas honrada
Y el mas cabal estaba convertido,
¿ Oh secretos de Dios! vereis aborceda.
Dolor inmenso para quien la vido
Otro tiempo gozar pomposa vida,
Viendo su muerte ser tan abatida.

Vereis dolorosísimo gemido
Por toda la familia que tenia:
Lloran los hijos, llora su marido,
Que ternisimamente la queria,
Y el lobo carnicero que lo vido
Dijo: « pues vos tenedle compañía,
Que cuando dos personas bien se quieren
Gran contento les es si juntos mueren. »

Tumulto de demonios inhumano,
De Dios y de su rey mal enemigo,
Poco tardaron en echalle mano
Sin otra causa mas de la que digo;
Y al viejo grave, trepidante, cano,
En los descubrimientos mas antiguo,
Le cortaron el hilo de la vida
A fin de que buscarse su querida.

Demás de muchas muertes de cristianos
Asoló casas, destruyó haciendas,
Y murió Martín Pérez á sus manos,
Que contra él soltaba ya las riendas:
Hizo matar tres frailes franciscanos
Por hacelles á todos meter prendas;
Y ganaron con él aquesta loa
Un viejo Paniagua y Figueroa.

Fray Andrés de Valdés, mi buen amigo,
No se libró de los mortales daños,
Pues uno fué de tres frailes que digo
Cargado de vejez y largos años,
De pobres peregrinos gran abrigo,
Ajeno de cautelas y de engaños,
Y así dobió su mal acabamiento
Sin osarse mostrar el sentimiento.

Como vuelta del fraile recelaba
Que le decían ir por mas potencia,
Barcos y bergantines aprestaba
Con gran solicitud y diligencia;
Y el miserable pueblo deseaba
Ver fuera tan terrible pestilencia,
Pues nadie tuvo de su salvamento
Seguridad un punto ni momento.

Segun el que condenan á que muera,
Que el resto del vivir en Dios convierte,
Y está todos momentos en espera
De las ejecuciones de la muerte;
Con tal inquietud vivió cualquiera
En tanto que duró tan mala suerte:
Al comer, al dormir, bajos y altos
Estaban con trescientos sobresaltos.

Porque veais las cosas cómo andan
Donde las tiranías prevalecen,
Y á cuántas desvergüenzas se desmandan
Los que con tales fiebres adolecen:
¡Oh, felices las tierras donde mandan
Reyes, y santas leyes se obedecen,
Que cierto la tal es en esta vida
Dadiva santa mal agradecida!

Pues el bestial con un sangriento hipo,
De la sed infernal nada distinto,
Escribió cartas á su rey Filipo,
Hijo del invencible Carlos quinto:
No con la discreción del sabio Edipo,
Pues por disparatadas no las pinto,
Razones emanadas de su saco
Y charlatanerías de bellaco.

Después que con aplausos y gran grito
Sacaron sus secuaces mil traslados,
Para sus bergantines los incita
Do luego se metieron los soldados:
Y en esto dejaré la Margarita
Y á todos sus vecinos asolados:
El mas rico tan pobre mendicante,
Que no se vidó cosa semejante.

Los unos y los otros lamentaban
Porque cosa que preste no les queda,
Y los mas remediados mas estaban
En lo mas abatido de la rueda:
Entre ellos finalmente se trataban
Pedazuelos de hierro por moneda,
Así que los desechos de rineones
Entonces fueron los preciados dones.

Mas el sumo Señor de tierra y cielo
Remedió sus trabajos y pobreza,
Con envialles luego su consuelo
Y descubrir allí suma riqueza
De perlas, que, segun yo lo niveló,
Deben de ser en muy mayor grandeza
Que en el tiempo que tengo declarado
En otra parte deste mi tratado.

Ya por aquellos mares comarcanos
Melchior Maldonado mete prendas,
Diego Nuñez Beltrán y sus hermanos
Entablan potentísimas haciendas:
El mariscal Miguel de Castellanos
A la fortuna tiene por las riendas,
Y otros siguen también prósperos lances
Y don Luis de Leiva los alcances.

Resucita la gala y el arreo
Y toda cobardía se destierra,
Tornado ha la justa y el torneo,
Soldados y pertrechos para guerra:
Hágales Dios el bien que yo deseo,
Que cierto quiero bien aquella tierra,
Pues por allí gasté mi primavera
Y allí tengo también quien bien me quiera.

Pero dejémoslos meter las manos
En aquellos riquísimos ostiales,
Sacando de las conchas bellos granos
De perlas transparentes orientales:
Pues quiero perseguir estos tiranos
Por ver en qué pararon tantos males,
Y porque los letores tengan cebo
Acabaremoslos con canto nuevo.

CANTO SESTO,

Donde se cuenta cómo Lope de Aguirre salió de la isla Margarita y entró por Burburata, pueblo de la costa, la tierra adentro hasta la nueva Valencia, con otras cosas que acaecieron antes de su vencimiento.

Así como tumulto de repente
Es causa de confusas turbaciones,
Así si venidero mal se siente
Lo hacen menos buenas prevenciones,
Donde cada cual anda diligente
Antes que lleguen las ejecuciones
Como tiro que vistes venir claro
Que procurais hacelle buen reparo.

Fueran pues por la gente marañona
Los pueblos de la costa destruidos,
Si por el que mi verso ya pregonó
No fueran con aviso socorridos:
Pero por la bondad desta persona
Vivian todos ellos advertidos,
Estaban vigilantes donde quiera,
Y el Pero Alonso y ellos en espera.

Al tiempo pues que del leon nemeo
El padre de Faeton se despedía,
Y del ilustre resplandor febeo
Imagen de la Virgen se vestía;
Aguirre lleno de su mal deseo
Partió con su dañada compañía,
Traidora, desleal, falsa, perjura,
Y siempre pertinaz en su locura.

En cuál de dos caminos se desvela:
O irse por la mar mas adelante,
O por la tierra desde Venezuela
Ir al reino que está poco distante:
Y á escoger el Cabo de la Vela,
Hacia su partido mas pujante;
Porque tomara copia de dineros,
Navíos y con ellos marineros.

Fué negocio de muy mucha importancia
Para quien en la costa residía,
Por haber por allí gran abundancia
De vagabundos y gente baldía:
Y estos acuden á la mas ganancia
Sin saber el fiel de quien se fia,
Por ser así de malos como buenos
Malos de conocer pechos ajenos.

Y aunque es cierto que no prevaleciera,
O muerto de los suyos ó de extraños,
Primero que en tal punto se pusiera
Hiciera por la costa grandes daños;
Mas Dios lo proveyó de tal manera
Que presto fenecieron sus engaños,
Pues en las elecciones del camino
Escogió lo que menos le convino.

Llegó con sus soldados al paraje
De la Burburata, y el armada
Quiere que por allí haga viaje
A este nuevo reino de Granada:
Saltan en tierra, hacen homenaje
De llevar adelante su jornada,
Derribando contrarios estandartes
Hasta señorear indianas partes.

Como de los pasados desatinos
Y la ferocidad de su venida
Estaban avisados los vecinos,
Los piés pusieron todos en huida:
Por pueblos, valles, sendas y caminos
Se daba grande trueno y estampida,
La fama publicaba nada menos,
Antes los mas vacíos hizo llenos.

Los nublados llegaban muy oscuros
Y con preñeces grandes los efectos,
Eran de recelar males futuros
Y así los recelaban los discretos:
Sobresaltábanse los mas seguros,
Perdian el sosiego los quietos,
Y en breve fué la nueva derramada
Por este nuevo reino de Granada.

Es la ciudad de Mérida postrera,
Do el dicho nuevo reino se termina,
En saber tales nuevas la primera,
Y la que por acá las encamina:
De la dicha ciudad entonces era
Capitán Pero Bravo de Molina,
Cuyo valor, esfuerzo y fuerte mano
Deseaba dar fin del mal tirano.

Estando pues el Bravo con denuedo
De ir á resistir á los traidores,
Habló luego con Trejo y con Sauzedo,
Soldados arriscados, guerrreadores,
Y dijoles: «pospuesto todo miedo,
Estas cartas llevad á los oidores
Porque nos va, señores, en la ida
Las honras, las haciendas y la vida.»

«Acordaos que sois de nacimiento
De padres buenos, nobles y leales,
Y que cosas que fueren de momento
No conviene fiar sino de tales:
Camino es de gran desabrimiento,
Mas fácil para hombres tan cabales,
Cuyo valor, soltura y lijereza
Sabran bien allanar el aspreza.»

Ellos le respondieron: «bien sentimos
El grandísimo riesgo que corremos;
Pero para servir al rey nacimos,
Y en su real servicio moriremos.
Desde este punto nos apercebimos,
Y el curso que mandais abreviaremos.»
Agradeciéles Bravo la respuesta,
Por ser tan comedida y tan modesta.

Aderezáronse las buenas guías
Y atravesando van prolija sierra,
Allanan tropezones, valentías,
Sin les poner temor indios de guerra:
Al fin en breve número de días
Llegaron do de paz era la tierra,
Y luego con la misma diligencia
Las cartas presentaron en audiencia.

Tuvieron esta nueva por aceda,
Y, segun el sonido, por gran plaga,
Francisco de Villafañe y Grajeda,
Y el buen Melchior Pérez de Arteaga,
A quien entre los buenos desta rueda
Deseo que mi pluma satisfaga;
Mas aunque sean los loores buenos
Lo mas que se dijere será menos.

Despedidos aquestos mensajeros,
El bravo capitán y cortesano
A gran prisa juntó los compañeros
Que tenia sujetos á su mano,
Con deseo de ser de los primeros
En quebrantar las fuerzas del tirano:
Llegáronse pues veinte valerosos,
No menos del empresa codiciosos.

El uno dellós fué Joan de Morales,
Pedro Gaviria, Márquez y Reinoso,
Rueda y Luna, personas principales,
Caravajal, mancebo valeroso,
Peresteban Cerrada y otros tales,
Fuertes en cualquier trance riguroso;
Esteban Sanchez Albarracín era
Deseoso de ir en la bandera.

Al cual por ser un mozo desbarbado
Le mandó el capitán que se quedase;
Porque por ser lugar recién poblado
Había de quedar quien lo guardase;
El caballo tenía ya ensillado
Y mandóle que lo desensillase;
Mas él sin respetar mando ni ruego
Encima del caballo saltó luego.

Diciendo: «yo también tengo dos manos
Y tan amigas de sus pareceres,
Que quieren mas alancear tiranos
Que quedarse por guarda de mujeres;
Y allí vereis si son golpes livianos
O mis puntas picadas de alfileres.»
Holgóse Bravo de lo que decía,
Y de llevar tan buena compañía.

Caminaba las noches y los días
Doblado muchas veces las jornadas,
Con deseo de ver las valentías
Que decían las gentes asombradas,
Encareciéndole ser compañías
En terribles encuentros muy usadas,
Por ser el vencedor en mas tenido
Cuanto mas es la fuerza del vencido.

No quiere descansar ociosa hora,
Ni la tiene su vía prosiguiendo;
Si pasando los rios se demora,
Parece que se estaba deshaciendo;
Pero dejallo hemos por agora
A nuestro nuevo reino revolviendo,
El cual de tales nuevas y recado
Andaba todo muy alborotado.

El caso requería diligencia,
Porque descuido fuera temerario,
Y así los tres oidores del audiencia
Proveyeron el orden necesario.
Hacen hacer de gentes apariencia
Ponténdolas en listas y sumario,
Nombrando para tales ordenanzas
Hombres dignos de tales confianzas.

Por general de todos fué nombrado,
Bastantísimo para la jornada,
El ínclito señor adelantado
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
Que como general ejercitado
La nombradía fué bien empleada,
Como quien siempre tuvo por oficio
Aventajarse en el real servicio.

Fué Gonzalo Suárez señalado
Por capitán de gente de á caballo,
Hombre bastante diestro y esforzado,
Leal y fidelísimo vasallo.
En itálicas guerras es cursado,
Y aunque sus hechos de presente callo,
Cuando se trate deste reino nuevo
Cumpliré, Dios mediante, lo que debo.

Insigne capitán de infantería
Fué Gregorio Suárez el de Deza,
Que segun su valor y valentía
Donde quiera pudiera ser cabeza.
Con tal presteza cual se requería
Las cosas necesarias adereza
Diciendo: «vida con honor adquiere
Aquel que por servir á su rey muere.»

Al viejo Garci Arias Maldonado
Otra capitania se comete,
El cual de nuevas fuerzas alentado
A las soberbias armas arremete.
Y así como diestrísimo soldado
Salió luego con pica y coselete,
Diciendo con briosísimos ardores,
Viva el rey, viva el rey, mueran traidores.

Acuden pues á la real bandera
Una gran lealtad con desengaño
De hombres tan cabales, que cualquiera
Pudiera deshacer pérfido daño:
Pero Garcia Ruiz, que alcalde era,
El buen Miguel Holguin, Joan de Avendaño;
Siguen con gran valor leal desino
Bartolomé Camacho y Pero Niño.

Un Diego Montañés acudió luego,
Paredes Calderon y otro Paredes,
Y aquel claro Rincon llamado Diego
Por á Velandia pluma que bien puedes,
Y á Rodrigo Suárez Savariego,
Pues son varones dignos de mercedes,
Y á Miguel Sanchez, Joan Rodriguez Parra
Cada cual de su rey fiel amarra.

Cuando gente por Tunja se hacia
De la que nunca supo ser ociosa,
La clara Santa Fe menos dormia,
Que cierto la tenia valerosa.
Y así de fortaleza y bizarria
Nunca jamás se vido mejor rosa:
Lucidas armas, jóvenes galanes,
Insignes y admirables capitanes.

Ondean los penachos, lucen mallas,
Convocan los soldados á bandera
Céspedes y los dos viejos Olallas,
Y aquel fuerte varon Joan de Ribera:
Usados á reencuentros y batallas
Y excelentes varones donde quiera,
Siendo también iguales al socorro
Los capitanes Orejuela y Zorro.

No quiso libertarse de las bregas,
Antes á ellas mas se determina,
El que hoy es mariscal Fernán Vanegas,
Lanchero y Andrés Vazquez de Molina.
Las nuevas que venian eran ciegas,
Porque la nueva cuanto mas camina
Tanto mayor se hace por do pasa,
Sin señalalle término ni tasa.

Esperábase pues el duro Marte
Por todos estos hombres principales,
Nombrando cada cual en su estandarte
Ministros necesarios y oficiales;
Y con seguridad en toda parte
De gentes sanas, buenas y leales,
Porque el olor de cosa diferente
Aqueste nuevo reino no consiente.

Es demás desto grande su aspereza
Y sus defensas bien acomodadas,
Por las fortalecer naturaleza
De peñoles y sierras levantadas;
Inespugnable es la fortaleza
De que son rodeadas sus entradas,
Pues ya sea peon, ya caballero,
Ha de venir á él por contadero.

No criara tirano furibundo
Ni leña de que salga tal candela,
Aquí no hay quien ande vagabundo
Ni junta de baldios que mal buela:
Si le llamas ciudad al nuevo mundo,
Llamad á este alcazar que la vela,
Pues será de traición y vida ancha
Para siempre jamás libre de mancha.

Esto se mostrará por esperiencia
Agora y en los siglos venideros,
Pues no menos será la descendencia
Que fué la lealtad de los primeros:
En servir á su rey gran advertencia,
Eso me da mestizos que herederos;
Y el que pensare ver contrario efeto
Digamos ser inicuo su conceto.

Estando pues el reino de manera
Que Aguirre no hallara mal recado,
Monroy trajo la nueva cómo era
El y su gente ya desbaratado;
Y así quiero volver donde me espera
A contar el reencuentro deseado;
Y para rematillo con mas gusto
Haremos del injusto canto justo.

CANTO SETIMO,

Donde se trata del vencimiento de Lope de Aguirre, la justicia que dió y otros se hizo, con el cual se remata ansimismo esta historia, y la primera parte de las elegias.

Quien á delitos feos se desmanda,
Lo que tiene por claro le es oscuro;
Y aquello que juzgó por cosa blanda
Se le tornó rigor cruel y duro;
Porque quien cerca del peligro anda
Riesgo notorio toma por seguro;
Y es cierto que quien malos pasos trae
Hace lazos y hoyos en que cae.

Ansí donde pensaban los tiranos
Hacer de mas potencia su partido,
Allí hallaron belicosas manos
Fiel consorcio, fuerte y escogido,
Que dieron fin á hechos inhumanos
Y al desinio bestial desvanecido,
Aunque se castigaron los traidores
Con harta mas modestia que rigores.

Pues cuando se tomó Burburuata,
Que estaba como dije sin gentío,
La gente desleal de quien se trata
Tomaron en sus puertos un navío,
No con copia de oro ni de plata,
Porque de vinos era su carguio;
Pero tomaron buena artilleria,
Cosa que muy al caso le hacia.

Acostumbrando siempre las usadas
Insolentes y feos crueldades,
Aguirre mató dos á puñaladas,
Por no querer seguir sus vanidades:
Andaban desvergüenzas derramadas,
Muy estendidas deshonestidades
Con algunas mujeres afligidas
Que estaban por los montes escondidas.

Para poder pues ir á los lugares,
Cuyos robos y sacos pretendia,
Tomaron muchas bestias caballares
En que poder llevar artilleria;
Quemaron casas, huertas y lugares
Y cuanto por delante se ponía;
Y con este rigor sin resistencia
Llegaron al lugar de la Valencia.

Entraron las soberbias compañías
Tirando por las calles tiros vanos,
Por estar de vecinos ya vacias,
Y ellos y sus mujeres muy lejanos.
Mas no sé por qué tratos ó qué vias
Cayó don Julian entre sus manos,
Y fué de su desgracia lo mas negro
Prendelle la mujer y suegra y suegro.

Allí buscó también quien se escapase
Pedrarias no queriendo mas seguillo,
Y al Julian mandó se lo buscase
Y diese orden para descubrillo,
Si acaso no queria que pasase
La mujer y los hijos á cuchillo;
Y como su decir era hacello
Buena maña se dió para prendello.

El pobre que se vido prisionero,
Hincado de rodillas le decia,
Que pues era leal y caballero
Huyese de hacer tal villanía,
En entregar al lobo carnicero
Oveja que de tanto mal huia;
Y pues buscaba buenos y leales
Fuese favorecido de los tales.

Y respondióle: «yo, señor, me muevo
A hacer fealdad que no quisiera,
Mas hacer lo contrario no me atrevo
Por tener en rehén mi compañera:
Y bien entenderéis que, si no os llevo,
La despedazará la bestia fiera;
Será pues muy menor inconveniente
Morir vos solo que morir mi gente.»

Teniendo pues Pedrarias conocida
La voluntad contraria de su ruego,
Le dijo: «No penseis en mi partida,
Si con ella pensais ganar el juego.
El me ha de quitar allá la vida;
Mejor será que vos me mateis luego,
Llevalde mi cabeza por agora:
Quizá libertareis esa señora.»

Por la causa que tengo ya contada,
Era de lo llevar codicia tanta,
Que luego con los filos del espada
Comenzó de cortalle la garganta.
Mas como vido sangre derramada
La furia de su brazo se quebranta,
Y al miserable con sangrienta mano
Llevó sobre sus hombros al tirano.

Al maestro mayor del desconcierto
La victima ya dicha se presenta,
Y por le parecer que estaba muerto
De la venganza hizo poca cuenta:
Curáronlo después con tal concierto
Que se pudo librar de la tormenta
De la canalla vil y mal tirano,
Y á este reino vino bueno y sano.

Puestos pues los vecinos en aprieto
Ausentes de sus casas y en huida,
A la ciudad de Baraquecino
El campo del traidor hizo partida,
De cosas necesarias al efeto
Toda su gente bien apercebida;
Y la gente leal también se llega
Y para su defensa se congrega.

En este territorio ya contado
Y poblaciones que le son sujetas
Era gobernador Pablo Gollado,
A quien llamaba yo Pablo Faldetas,
Por ser un hombre mal ejercitado
Entre los atambores y trompetas,
El cual andaba, ya vista la cosa,
Para poner los pies en polvorosa.

Mas entendida ya por trujamanes
La fuerza de contrarios estandartes,
Acudieronle luego capitanes
Ejercitados en guerreras artes,
Que recelando vueltas y desmanes
Dejaron las tenencias de sus partes
Vino de los primeros con su seña
El mariscal Gutierrez de la Peña.

Anduvo Terepaima luego listo
Recogiendo gran copia de valientes
Y como principal y mas bien quisto
Determinó hablar á los presentes:
«Buenos amigos míos, habeis visto
En cuán poco nos tienen estas gentes;
Y cómo cuatro gatos entran dentro
Sin recelar zozobra ni reencuentro.»

«Páreceme ser justo que se prendan
Estos atrevidos cristianos,
Sin que se dé lugar á que descendan
De nuestras altas sierras á los llanos,
Para que todos ellos comprehendan
Cómo también acá tenemos manos;
Que la ventaja ya la vemos presta,
Pues tenemos las piedras y la cuesta.»

«Ya veis á Joan Rodriguez dónde asoma
Con siete moconies ó vasallos;
Mas yo le haré presto que no coma
Ni le valgan los pies de sus caballos:
Dejémoslo llegar bajo la loma
Para poder mejor señorearlos;
Espías en lo alto para vellos,
Y al tiempo de bajar demos en ellos.»

De la suerte que veis se concertaron
Robusta juventud y los de canas,
Y aquel término todo rodearon
Con flechas, dardos, piedras y macanas.
Los nuestros á la loma se llegaron
Sin recelo de gentes comarcanas:
Pasan por ella pues, y en descendiendo
El mundo se hundía con estruendo.

De parte donde estaban escondidos
Salen con gran furor compañías largas,
Dan saltos, gritos, voces y bramidos,
Flechas, piedras y tiros van á cargas:
En piernas, pechos, rostros son heridos,
Sin poder reparar con las adargas;
Si por aquí no hay reparo cierto,
Por acullá les dan en descubierto.

Ansí como por tiempos acontece
Con la fuerza del austro proceloso,
Que el aire se condensa y escurece
Formándose ruido temeroso,
Y con aquel ruido luego crece
El áspero granizo riguroso,
Dejando los repechos y collados
Aquella tempestad embarazados;

Acuden á romper tiranas redes
El capitán Ruiz, fuerte guerrero,
Y el buen Diego Garcia de Paredes,
De paternas virtudes heredero:
Soldados trae dinos de mercedes
Otro buen capitán, dicho Romero,
Porque cada cual destes le traía
La gente de caballo que podía.

Quiso también juntar allí su gente,
Al servicio del rey aficionado,
Joan Rodriguez Suárez, el valiente,
Capitán valeroso y esforzado:
Mas no le sucedió felicemente
En medio del camino comenzado,
Por intentar él, diestro y animoso,
Camino grandemente peligroso.

Era pues este, Dios le dé su gloria,
Capitán en Caracas de indios fieros,
Usados á salir con la victoria
De grandes y magnánimos guerreros,
Y él hizo hechos dignos de memoria
Ayudado de pocos compañeros,
Y agora no quisiera hacer falla
Al tiempo que se diese la batalla.

Y porque sus deseos se cumpliesen
Y los efectos dellos se llegasen,
Mandó que solos siete los siguiesen,
Y los otros soldados se quedasen;
Con que del nuevo pueblo no saliesen,
Antes con gran cuidado lo velasen;
Y dicho lo que mas les convenia,
Con siete de caballo hizo via.

En abreviar jornadas importuno,
Sin ponérsele cosa por delante,
Y de términos tímidos ayuno,
Caminó por la sierra circunstante;
Pero muy poco vale la de tmo
Donde fuerza de muchos hay pujante:
Atravesando pues iba la sierra,
Poblada de feroz gente de guerra.

Su derrota guió por Terepaima,
El imperio del cual es absoluto,
Hasta los terminos de Barataima
Y otro cacique no menos astuto,
Que dicen proceder de Paraima,
Y allí suelen llamar Guaicamacuto;
Aquestos dos con otros aliados
De su venida fueron avisados.

Ansí fueron las flechas que caian
Encima del cristiano caballero,
Y aquesto visto, todos revolvan
Pugnando cada cual de ser primero;
Pero cómodamente no podian
Por haber de pasar por contadero
Y por las partes diestras y siniestras
Había cantidad de gentes diestras.

Las furias de los indios mas cercanos
Andaban de temor tan apartadas,
Que los quieren tomar vivos á manos,
Mas no lo consentian las espadas:
Las cuales pocos golpes daban vanos,
Pues hendian cabezas y quijadas,
Y con esfuerzo de ventura falto
Procuraban volver á lo mas alto.